

“Sintética noche triste de crónica policial...”

El último sábado, en una tribuna del Estadio Centenario, tuvimos oportunidad de escuchar a varios hinchas que amenazaban a gritos al juez del partido con “arrancarle las vísceras...”, como castigo por la presunta parcialidad con que favorecía a uno de los cuadros.

Días antes, la misma palabra “vísceras” y, sin más alteración que la del tiempo del verbo, la misma frase (“Arrancóle las vísceras”) había profusamente poblado primeras planas, acusando de “monstruo”, y de “bestia salvaje”, que quizás lo sea, a un joven no conocido personalmente por ninguno de los redactores de dichos títulos. En una de las primeras madrugadas de la semana, el joven en cuestión había abandonado, en una calle portuaria, el cadáver desnudo de una anciana, tras arrancarle, sin más ayuda que la de sus propias manos también desnudas, los ojos y las vísceras.

Investigar un poco la vinculación entre ese hombre del estadio y ese joven del puerto, es el objeto de estas páginas. Inquirir la forma en que el primero se entera de quién es el segundo. Enjuiciar a quienes le informan. Enjuiciar, también, a quienes critican la forma en que se le informa. El tema, claro, es de los que sólo valen la pena de ser planteados, a condición de plantearlo con coraje absoluto... Tal vez bastaría con que cada uno de nosotros utilizase un poquito del muchísimo coraje que todos tenemos, para arreglar el mundo en menos que canta un gallo...

Hombre monstruo

La primera verdad está formada por dos verdaderas optativas. Los hombres (todos los hombres: Hitler, Cristo, Santos Vega, M. Landrú, yo...), somos capaces, o no somos capaces, de cometer ciertos crímenes. Si lo somos, pues bien: no ha hecho nada el joven del puerto que no pudiéramos haber hecho en su caso cualesquiera de nosotros. Si no lo somos, pues bien: tampoco hay que pensar que ese crimen lo cometió él, ni nadie. Esto no quisiera aparecer como sofisma o simpleza. Pero se trata de un problema moral al que se vincula la propia dignidad del hombre, de todos los hombres. Es la condición humana misma la que está agraviada y enjuiciada. Y es hora de reconocer de una buena vez que no siempre que aparece una monstruosidad sobre una vereda de la calle Florida, es imprescindible que haya un monstruo detrás. Esta verdad puede superar la menguada cultura de un titulado de crónica policial y también la de un comerciante de pieles, y también la de un Ministro de Fomento... No por eso, claro, es menos cierta.

El joven del puerto, una vez detenido, explicó (con el aire sereno y el fopito enrollado que en los albergues de menores se aprende para siempre, y que no se pierde jamás por grande que sea la tormenta que se atraviese) algunos detalles que nada tenían que ver con el crimen, (hora de comisión, posición del cuerpo, etc), y otros que tal vez sean su explicación cristalina, pero a los cuales nadie parece atribuir mayor importancia.

Los diarios creyeron del caso no publicar algunas "indecencias". Y sin embargo, sin esas "indecencias" no es posible comprender el problema. Coraje, pues: el joven del puerto contó, por ejemplo, (sin comprender él tampoco la relación del punto con el crimen), que había pasado su infancia en un instituto del Consejo del Niño. Contó que allí había sido violado por otros muchachos mayores de su mismo sexo, y obligado a permanecer en una servidumbre de corrupción sexual, mientras estuvo en el albergue respectivo, y hasta que creció lo suficiente para hacerse respetar. La ficha correspondiente al joven del puerto contó además otras cosas. Contó, por ejemplo que el joven había contraído la sífilis en los albergues del Consejo...

Esto, que parece mentira que se pueda escribir tan fácilmente y decir en tan pocas palabras, es cuando menos, ni duda cabe, tan monstruoso cuanto pueda serlo la mayor monstruosidad de la historia. Esto (sucedido no a una ex prostituta, sino a un niño, tan niño como pudo serlo allá en el siglo pasado, el Ministro de Fomento o el Jefe de Policía), es atroz y sagrado, como son sagradas todas las grandes desgracias que le sucedan a un ser humano. Quién no se erice de respeto ante este infortunio, tiene por lo menos un alma tan dura como la que pueda precisarse para arrancar todas las vísceras que deambulan por una ciudad.

Hay un descarte cómodo que consiste en culpar al Estado de todo lo que marcha mal, así sea el estado del tiempo. Sin caer en esa facilidad, en esa falta de coraje, es imprescindible tener sin embargo el co-

raje de golpearnos todos un poco el pecho. Y reconocer que la culpa es del Estado. Pero que el Estado, en esto también, somos todos. El Estado tampoco es un monstruo. Nosotros, ninguno de nosotros somos monstruos. Incluso podemos no tener la culpa de todo esto, aunque no tengamos el derecho de quitarnos la responsabilidad.

Uno de los mayores y mejores ingenios de este Uruguay (y por lo mismo una de las más auténticamente respetables personas del país), decía mejor y más tristemente que yo todo esto, en una charla de café, con esa desolada tristeza reservada solo al humorismo de ley:

—No se puede decir, viejo, porque no se entiende — me decía — pero la policía debería prender al Estado. ¿Se da cuenta? "Ayer, en un café de General Flores, fue apresado el Estado, a las 12 y 45. Conducido a la Seccional 13, confesó cínicamente su culpabilidad en el monstruoso suceso de la calle Florida. El Juez dispuso la incomunicación del Estado, a quien no se permitirá hablar con los Ministros hasta después de la declaración que en la mañana de hoy, etc., etc."

Estas palabras, que parecen que son de la escuela de Alfredo Mario Ferreiro, debían ser objeto de un repartido especial en el Consejo de Gobierno.

Público, prensa

La pregunta consiste en saber que debe hacerse cuando ocurre una "monstruosidad" de estas. ¿Explotarla a grandes títulos, poniendo todos los detalles que se puedan poner, y que — según hemos visto — no son todos? ¿Callarse la boca y no brindar publicidad ninguna al suceso? ¿Adoptar el camino del medio y dar una información mesurada, a título chico, con palabras respetuosas en las que no haya un átomo de complacencia morbosa?

Nadie —se dirá— muere de publicidad... La gente, como decía Jardiel Poncela, de lo que se muere a veces es de gripe. Pero de amor no se muere nadie. Y de publicidad tampoco.

Lo cierto, sin embargo, es que algunas personas piensan que no importaría la diaria repetición de hechos como el que nos ocupa, a condición de que queden ocultos y a condición de que sus hijas solteras no corran el riesgo de enterarse de los detalles, al dejar caer, sin darse cuenta, la mirada sobre el diario que la mucama olvidó en el living.

Se dirá que exageramos. Sin embargo, este tipo de "moral" es la que estamos día a día aplicando, por ejemplo, frente al problema de la prostitución. Se calculan en más de 30.000 las prostitutas del país. Esto, que es un problema —vaya si lo será!— y que representa, en pleno siglo XX uruguayo, una forma de esclavitud o servidumbre de esas que horrorizan a la Cruz Roja y a las Naciones Unidas, no ha merecido la

protesta de casi nadie. Nadie ha hablado de medidas de fondo, tendientes a disolver o a impedir el crecimiento de este cáncer que tendría que ser el bochorno de todos.

Sin embargo, periódicamente, nuestra gente docente entabla protestas contra la visibilidad notoria del fenómeno. Hay quienes se quejan de que las prostitutas anden por la calle, por ejemplo. Hay quienes, incluso, consideran que bastaría confinarlas en un barrio especial, donde la gente decente no las viera, para que ya no hubiera más problema. Es así. Hay gente que piensa así. Y que piensa sinceramente así.

Nosotros, en cambio —y lo digo a título absolutamente personal— creemos que existe un principio de higiene pública en el hecho de que todas las vergüenzas públicas sean publicamente expuestas hasta en sus menores detalles. Mientras haya seres humanos capaces de dar contenido a la crónica policial, es de estricta justicia que expiemos la culpa que, queramos o no, nos cabe, enterándonos. Mientras haya barro, como le diría el tango, es justo que la salpicadura llegue, aunque sea bajo la forma bochornosa de la explotación y de la morbosidad, hasta el último rincón de la sociedad que integramos.

Dolor, chiste

El inconveniente del coraje, es sabido, suele ser el mismo del dinero. Por mucho que se tenga basta que nos pongamos a usarlo para que llegue el momento en que se nos acaba. Nunca —esto es también monstruoso— el hombre, por corajudo que sea, tiene el coraje suficiente para llegar al fin de sus propios pensamientos. Escritas estas líneas, por ejemplo, a nosotros nos falta el coraje para entrar en la defensa sentimental del joven del puerto, nos falta coraje para justificarlo en absoluto y recorrer el camino completo de razonamientos que nos llevarían a concluir en su absoluta inocencia. Y en la necesidad de soltarlo, vestirlo, cuidarlo, educarlo, regenerarlo. Tal vez —aunque también nos falte coraje para admitirlo— haya hombres que después de ciertas trascendentales experiencias de la muerte motivada por las propias manos, no tengan ya recuperación posible. Por eso, puestos entre la espada y la pared, y en la obligación de optar, para seguir adelante, entre los muchos corajes posibles, nos quedamos con el coraje del humorismo, que es el más corajudo siempre, por lo mismo que es el más descorazonado...

No es tampoco cosa de quedarse en dos chistes cualesquiera, como los que podrían ocurrirme a mí, por ejemplo. Esta vez —la ocasión lo merece— hay que tener el valor (siempre el valor) de recurrir al resto de esa charla de café aludida líneas arriba.

“Francamente algo que no entenderé jamás es la posición filosófica de los Jefes de Policía —decía ese amigo, que parece que es de la escuela de Alfredo Mario Ferreiro—. No condice con nuestra aspiración de ser ciudad de turismo, viejo, el perseguir estos hechos criminales que nos colocan a la altura de Londres y de las principales capitales del orbe. “El crimen más grande del mundo”, dijo el Coronel Raíz de este

suceso. Y lo único evidente es que, no obstante la profundidad de su nombre, el Jefe no ha leído el Tabaré, ni ninguno de esos otros grandes carros Chaná de la literatura que componen nuestras letras uruguayas. Además, yo no se por qué, pero en este país las cosas buenas suceden siempre cuando no hay público! Es así, viejo! El hombre en pleno centro, con el cadáver de su víctima a cuestas... y nadie mirando! Que monstruosidad, eso sí. Que se den lecciones profundas de estética en plena vía pública, sin que nadie las aproveche! Piense, viejo. Piense un poco. El tipo la mata, le quita los ojos, la desnuda... Y después, se convierte en changador del propio crimen, caminando como alguien que tuviera que expiar con la conciencia a cuestas siete siglos! Parece de Goya y esto es lo que a mí me conmueve hasta desesperarme. El joven, con esa cara que tienen los hombres enseguida de cometer los crímenes horrendos. Pero con el pantalón de siempre, la camisa de siempre, la barba de siempre! Que espantoso! Y esa carne volteada y desnuda al hombro ¿se da cuenta? Lo de los ojos no es grave, claro, porque francamente... para lo que hay que ver! Además, con las películas americanas y la amenaza de la televisión, en fin... sacarle los ojos, a mi juicio no es agravante. Además —lo más monstruoso— es que no se los quiso sacar ¿se da cuenta? Se los quiso oprimir para hacerla reaccionar del desmayo, viejo... y se le fue la mano. Usted dirá: se le fue la mano, es claro... ¿Pero a cuántos se les va también la mano en otras cosas y no les pasa nada? Y después caminar, como de Goya, con la carne volteada al hombro. Los pies de la muerta hacia el cielo, sus senos colgando por debajo de la cabeza y las grandes cuencas negras de los ojos vacíos acusando a la tierra! Lo terrible es que desde cualquier ángulo, así sea de humorismo —o tal vez por ser el del humorismo— resulta estremecedor. Parecería que sólo falta debajo la leyenda de esas que ponía Goya también: "Así los han tratado—" por ejemplo. Y todo el mundo indignado con el hombre asesino! ¿Se da cuenta de cómo habrá sido tratado un hombre por el destino para que se rebele de ese modo tan atroz, hasta consigo mismo? Me parece que indignarse es no comprender! Todo eso pasando en la calle, y que nadie entienda. Qué espantoso, viejo! Y ellos ahí, caminando por el puerto como una lección que nadie descifra. Y nadie mirándolos! Y nadie llorando como loco por los dos! Por la muerta y por ese hombre que se ha quedado muerto con el cadáver al hombro, y ha sido reemplazado por un presidiario cualquiera, con un número y una celda más. Qué horror que la naturaleza humana sea como es! Y qué maravilla!"

"Y qué atroz que no haya nadie en el mundo capaz de contestar, frente a esa lámina de Goya, una pregunta tan clara, tan natural, tan evidente, como la que sigue: De los dos, asesino y muerta... ¿quién es el victimario? ¿Quién es la víctima?"

Porque lo que hay que pensar aquí —pensar solemnemente— es que los dos, como todos nosotros, eran hijos de Dios. Y que si no hay Dios, los dos también, como todos nosotros, compartían una idéntica cuota de esa catástrofe de que Dios no exista. Y que también —como el coraje, como el dinero— la piedad en este mundo se necesita en cantidades infinitas.